

VI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Al salir de la casa de la calle de la Victoria, Jacobo Merey volvió á la fonda de Nantes, y al encontrar vacía su habitacion lanzó un profundo suspiro.

Tal vez se entristeció al pensar que lo habian obedecido demasiado pronto.

Mandó llamar á una prendera y la dió los vestidos que llevaba puestos Eva cuando se arrojó al Sena, todo, hasta las medias y los zapatos, ordenándola que entregara diez francos al primer pobre que encontrara en la calle. Solo conservó la carta del marqués de Charelet, la que volvió á leer y la guardó en su cartera.

Hecho esto, se encerró en el aposento de Eva, hizo que le sirvieran la cena, y cuando se encontró solo cerró las puertas, deslió el manuscrito y comenzó su lectura, ansioso y febril.

El primer capítulo decia:

En Francia.

El dia 14 de Agosto de 1792, de funesto recuerdo, fuí separada de mi muy amado Jacobo, al lado del que habia permanecido siete años, y á quien adoraba desde que tuve uso de razon, desde que, gracias á él, tuve inteligencia.

A él debo todo. Anteriormente no veia, no entendia, no pensaba; estaba como esas almas que ha sacado Jesús del limbo, es decir, de la oscuridad, para ponerlas en contacto con el sol.

¡Desgraciada de mí si olvidara algun dia ni aun por un segundo al que debo todo lo que soy!

Al llegar Jacobo á estas líneas, lanzó un suspiro, dejó caer la cabeza entre las manos, y una lágrima cayó de sus párpados sobre el papel.

Limpió el papel con su pañuelo y se enjugó los ojos, y despues de un momento, ya más repuesto, continuó la lectura.

Por lo mismo que el golpe era inesperado, fué más violento y rudo.

Una hora antes de que se presentara el marqués de Charelet, á quien no me atrevo á llamar mi padre, porque solo lo he conocido para mi desgracia, no existia en el mundo un sér más dichoso que yo.

Una hora despues no habia sobre la tierra una criatura más desgraciada.

Estaba loca de dolor; más aun, idiota, desesperada.

Parecia que Jacobo se habia quedado con todos los pensamientos, todas las ideas que con tanto trabajo habia hecho germinar en mi cerebro durante aquellos siete años.

Me condujeron al castillo de Charelet.

Del palacio de Charelet, de sus inmensos salones, de sus espléndidos y ricos muebles, de sus retratos de familia no recuerdo sino una pintura sencilla.

Era el retrato de una mujer muy hermosa con traje de baile.

Me la enseñaron, diciendo:

—Ese es el retrato de tu madre.

—¿A dónde está mi madre? pregunté.

—Ha muerto.

—¿Cómo?

—Una noche se vistió para concurrir á una fiesta, y el fuego se apoderó de su vestido. Corrió de habitacion en habitacion; el viento activó la llama, y cuando acudieron á su socorro la encontraron tendida y medio ahogada.

Habia una tradicion en las cercanías, y era que alguna desgracia deba suceder á los habitantes del castillo, pues se oian gritos y se vean por la noche á través de las ventanas llamas y rayos de luz.

Se hablaba de la castidad de su vida, del bien que prodigaba, del reconocimiento y la gratitud que tenían por ella los pobres de los contornos.

Era al mismo tiempo una santa y una mártir.

En la situación en que se encontraba mi ánimo, se me presentaba mi madre como el único refugio, como mi intermediario para con el Señor.

Pasaba horas enteras delante de su retrato, y á causa de la misma insistencia con que la contemplaba me parecía que se iluminaba su semblante.

Cuando me levantaba despues de largas horas de estar de rodillas, me dirigia á los cristales de la misma habitacion, á una ventana que tenia vista al camino de Argenton.

Siempre esperaba, aunque comprendiera que era una locura mia, verte llegar ¡oh mi Jacobo! para libertarme.

Primero encargaron que no me permitieran salir, pero cuando vió el marqués de Charelet que caia en un estado de inexplicable entorpecimiento, ordenó que abrieran todas las puertas.

En el castillo habia una servidumbre numerosa, así es que un criado podia estar siempre á mi alcance.

Un dia encontré todas las puertas abiertas y salí maquinalmente, y á unos cien pasos del castillo me senté sobre una piedra y rompí á llorar amargamente.

Al cabo de un momento ví una sombra que se detenia delante de mí; levanté la cabeza: un hombre estaba de pié y me contemplaba con expresion de compasion profunda.

Me fijé en él casi asustada, porque era el mismo que habia acompañado al comisario y al marqués cuando me fueron á reclamar.

Era el mismo que habia estado pocos dias antes de nuestra separacion, mi muy amado Jacobo; que me habia encontrado en aquella visita tan embellecida; era, en fin, mi padre adoptivo, José, el guarda-bosque.

Aquel hombre me horrorizó: me levanté y quise alejarme.

Pero me detuvo diciendo:

—No debeis odiarme por lo que hice, mi querida señorita; no podia ménos de hacerlo. El señor marqués tenia un recibo, una papeleta mia, en la cual constaba que os habia recibido de su mano y que me obligaba á devolveros á él á la primera intimacion. Se presentó y fué necesario acompañarlo para dar testimonio: fuí á darlo.

En la voz de aquel hombre se notaba la verdad de lo que me decia; así es que, volviéndome á sentar, le dije:

—Os perdono, José, aun cuando habeis contribuido á hacerme desgraciada, muy desgraciada.

—No ha sido culpa mia, mi querida señorita; y si por mis complacencias puedo rescatarlo, mandad y os obedeceré con la mejor voluntad.

—¿Iráis á Argenton si os rogara?

—Desde luego.

—¿Y le entregareis una carta?

—Ciertamente.

—Esperad: no tengo ni papel, ni pluma, y en el castillo no querrán dármele.

—Voy á proporcionaros papel y un lapicero.

—¿A dónde vais á buscarlo?

—A la aldea.

—Os espero aquí.

José se marchó.

Desde que habia salido del castillo estaba escuchando ladridos furiosos.

Me volví hácia el sitio de donde venian, y ví á Escipion atado y que á pesar de la cadena se lanzaba á mi encuentro.

¡Mi pobre Escipion! Le habia olvidado durante aquellos ocho dias: ¡comprendes, mi amado Jacobo!

Hubiera olvidado hasta mi vida, ¡tanto era lo que habia sufrido!

Para mí fué una alegría verdadera el volver á ver á Escipion: en cuanto al pobre animal, estaba loco de felicidad.

José volvió con papel y un lápiz: te escribí una carta insensata, en el fondo de la cual solo descollaba un pensamiento: ¡te amo!

Partió mi mensajero: al día siguiente debía hallarlo á la misma hora en el mismo sitio.

Temia no me permitieran llevar á mi habitacion á Escipion, pero ni aun se fijaron en ello.

No me cansaba de hablarle de tí, creyendo ¡loca de mí! que me comprenderia: lo que sí es cierto, que cada vez que pronunciaba tu nombre, tal vez por el acento con que lo pronunciaba, lanzaba un cariñoso aullido como si quisiera indicarme: ¡tambien yo le amo!

A la madrugada estaba en mi ventana, pensando que José pasaria la noche en tu casa y volveria temprano por la mañana.

Me equivocaba: habia vuelto la noche misma. Cuando salí del castillo ví en el sitio en donde yo me habia sentado la vispera á un hombre tendido sobre la yerba y que al parecer estaba dormido.

Me acerqué: era él; pero á la primera ojeada comprendí que tenia que comunicarme malas noticias: me lo indicaba su semblante.

Efectivamente, habias partido, mi amado Jacobo, y no habias indicado á dónde te dirigias.

José me devolvió la carta que te habia escrito.

La rasgué en pedacitos, los que lancé al viento. Me parecia que destrozaba mi corazon.

José estaba desesperado.

—¿Nada puedo hacer por vos? me preguntó.

—Sí, le contesté; podeis, mi buen José, hablarme de él.

Entonces me volvió á referir cómo me encontraste, cosa que te habia oido yo referir; pero me contó otras cosas que no sabia: esa especie de milagros que habias hecho con animales furiosos. Cómo domabas los caballos, los toros, cómo tranquilizaste á Escipion.

Me enseñó el hueco en la pared en donde se refugió el perro cuando le obligaste á llegar arrastrando hasta tus piés.

De los animales pasó á los hombres, y me contó las curas maravillosas que habias hecho.

Un niño mordido por una vípera, y al que habias salvado con tu boca aplicada á la llaga: un cazador que se mutiló el brazo con

un fusil y que querian amputarle; pero tú te opusiste y se salvó.

¿Qué mas podré decirte, amado mio, mi Jacobo? Aquellos recuerdos me parecian siempre nuevos.

Un dia cambiamos de conversacion.

—Señorita, me dijo José sin darme tiempo para dirigirle una pregunta, ¿no sabeis la novedad?

—¿Qué novedad?

—Que parte el señor marqués. Emigra.

Inmediatamente pensé en el cambio que su partida podia causar en mi existencia y la libertad que me proporcionaria.

—¿Estais seguro? le pregunté con un movimiento de júbilo que no me fué posible reprimir.

—Esta noche se reunen en el castillo sus amigos: van á decidir el modo mejor para emigrar, y cuando cada cual se haya fijado en los medios para la fuga, partirán.

—¿Pero quién os ha dicho eso, José? Me parece que vos no estais relacionado con los amigos del marqués.

—No, es cierto; pero como sabe que tiro bien, que mato un conejo en el aire y una bubilla lo mismo, desearia tenerme á su lado,

—¿Y os ha hecho ofertas?

—Sí; pero pertenezco al pueblo y soy del pueblo, por lo cual le he contestado: «Señor marqués, si algun dia nos encontramos en el campo de batalla, será en distintos bandos, uno contra el otro.»

«Pero has dicho que eres hombre honrado, contestó el señor marqués, y por consiguiente, guardarás el secreto de mi partida.»

—Ese secreto, continuó José, no debe serlo para vos, puesto que no habeis de denunciar á vuestro padre, y os lo digo por si teneis que tomar algunas medidas, que tengais tiempo de tomarlas.

—¿Qué medidas quereis que tome? Yo de nada dispongo: disponen de mí; me veo obligada á confiar solo en brazos de la Providencia.

Al dia siguiente de esta conversacion me rogó mi padre que pasara á su aposento.

Le habia hablado dos veces desde que me habian separado de tí, mi muy amado; me habian preguntado si queria comer en mi

habitacion ó con los demás. Me apresuré á contestar: «En mi cuarto.» Cuando se vé una separada de aquel á quien ama, al encontrarse sola parece que se está á medias con él.

Pasé al gabinete del marqués.

Inmediatamente tomó la palabra.

—Hija mia, me dijo; las circunstancias son tales, que es preciso pensar en dejar la Francia. Además, mi opinion, mi rango en la sociedad, mi posicion entre la nobleza de Francia me obligan á ofrecer mi espada á los príncipes. Dentro de ocho dias estaré con el duque de Borbon.

Yo hice un movimiento.

—No os inquieteis por mí, dijo; tengo medios para salir de Francia. Vos nada teneis que temer, y como no correis ningun riesgo, ni teneis que cumplir ningun deber, os quedareis en Burges con vuestra tia. Vendrá mañana á buscaros. ¿Teneis que hacerme alguna observacion?

—Ninguna; nada tengo que deciros, sino obedeceros.

—Si se prolongase nuestra estancia en el extranjero, y si algun peligro corrierais en Francia, os escribiria para que os reunais conmigo y fijar nuestra residencia en el extranjero mientras dura esta infame revolucion, lo que espero no sea largo tiempo. Como solo nos quedan tres ó cuatro dias que pasar juntos, si os parece podeis comer al mismo tiempo que nosotros y con nosotros; esto me causará placer.

Me incliné como dando mi consentimiento.

Sin duda los jóvenes nobles que se habian reunido la víspera en el castillo permanecian aun, porque el marqués tenia como una docena de convidados.

Me presentó á ellos y ví muy pronto cuál era el objeto de esta presentacion.

Tres ó cuatro eran jóvenes, elegantes, bellos y bien formados. Mi padre deseaba saber si alguno de ellos llamaria mi atencion y fijaria mis pensamientos.

Mi padre no habria amado nunca, cuando semejante idea pudo pasarle por la imaginacion.

¿Cómo podia pensar que doce dias despues de haberme separado de tí, mi vida, mi alma, mi Jacobo, mi amado, pudieran fijarse mis ojos en otro hombre, ni pensar en él?

No me incomodé por tal suposicion; solamente me encogí de hombros.

Al dia siguiente llegó mi tia la canonesa; jamás la habia visto. Era una señora alta, seca, devota y mogigata.

Nunca ha debido ser bonita, y por consiguiente no habrá sido jamás joven.

Su padre, no pudiendo casarla, la hizo canonesa.

En 1789 salió del convento y entró en sociedad con seis ú ocho mil libras de renta que la habia señalado mi padre; pero no quiso salir de Burges, su ciudad natal, para venir al castillo de Charelet, y por consiguiente tomó una casa en Burges.

Algunos años despues de mi nacimiento la informaron de mi fealdad y de mi idiotismo, y despues nadie habia vuelto á ocuparse de mí, porque para ellos era yo un sér insignificante.

Cuando le escribió el marqués para que viniera á buscarme esperaba sin duda encontrar una horrorosa máscara, moviendo la cabeza á derecha é izquierda, con ojos asombrados y no expresando sus ideas sino con palabras incoherentes.

Hacia media hora que estaba frente á frente conmigo y todavía aguardaba verme entrar: por último dijo que buscaran á su sobrina, y al decirle era yo, dió un salto de admiracion y su vista se fijó en mí con asombro.

Mi buena tia, obligada por los servicios que debia á mi padre á llevarme á su casa, hubiera preferido tal vez que fuera fea y tonta.

Yo dije en voz baja:

—Así me ama él, tia mia, y aunque os pese, así continuaré.

Nuestra partida decidieron que tendria lugar al dia siguiente: el marqués debia marchar en la noche del segundo dia.

Llevaba por Estado mayor parte de la nobleza de Berri y unos cincuenta aldeanos, á los que prometió mi padre dar cincuenta cuartos por dia.

El día de mi marcha dije ¡adios! á José el leñador, el que me dijo al separarse de mí:

—No sé las señas de Jacobo Merrey; pero como pertenece á la Asamblea nacional, si le dirigís vuestras cartas á la Convencion llegarán á sus manos.

Fué el último favor que me dispensó aquel hombre bueno y excelente.

VII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente de salir de Charelet llegamos á Burges: nuestro viaje se había hecho en un carruaje de mi padre y con un caballo de sus cuadras; un aldeano nos condujo.

La canonesa debía quedarse con el caballo y coche, y volver á enviar al aldeano.

Dormimos, pues, en Chateauroux de resultas de este arreglo.

Estaba muriéndome de deseos de escribirte, mi amado Jacobo; pero sin duda el marqués había hablado de tí con su hermana, porque ni un instante me perdió de vista, haciendo que me acostara en su habitación.

Esperaba estar con más libertad en Burges, y así fué, porque me dieron un aposento con vista al jardín, y solo para mí.

Cuando llegamos, la señorita de Charelet se apresuró á organizar su casa.

Tenia una criada anciana llamada Gertrudis, la cual había estado con ella en el convento; pero al verme llegar declaró formalmente que ella no podría desempeñar aquel aumento de trabajo.

Mi tia hizo buscar una doncella por medio de Gertrudis y de su confesor, quien le envió una de sus hijas de confesion, llamada Julia.

Yo la estudiaba; pero conocia poco el corazon humano; ni aun el de las doncellas.

Al tercer día creía que podia fiarme de ella, y la entregué una carta para tí: me aseguró la había llevado al correo, lo mismo que